

¿Por qué tanto odio?

MYRIAM ESTHER COTRINO NIETO*

Analítica. Asociación de Psicoanálisis de Bogotá, Bogotá, Colombia

Roudinesco, Élisabeth. ¿Por qué tanto odio? Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2011. 125 páginas.

Élisabeth Roudinesco, historiadora, psicoanalista e investigadora, consagra este libro a un hecho que no es nuevo: el odio al psicoanálisis y, más aún, el odio a Freud. ¿Siendo la autora alguien que conoce de manera amplia y rigurosa el tema, ¿por qué dedica tiempo y trabajo a un libro como el de Michel Onfray¹, quien, sin fundamentos, como bien ella lo demuestra, difama el nombre de Freud? ¿Por qué responder a alguien que más que criticar una teoría no hace sino dirigir su odio hacia el padre del psicoanálisis? El título en francés, *Mais pourquoi tant de haine ?*, que traduce literalmente ¿Pero por qué tanto odio?, puede responder en parte a la pregunta, en el sentido en que es necesario anteponer “peros” al odio, interpelar al odio y a sus emisarios, de manera especial cuando este odio se dirige al inventor del psicoanálisis, dado que sus descubrimientos cambiaron de modo radical la concepción del hombre. La escucha de sus pacientes fue determinante para dar un lugar a asuntos como la sexualidad infantil, los secretos de familia, lo femenino, las mujeres, los homosexuales y los locos; cuestiones estas que tuvieron que

ser interrogadas y revaluadas a partir de la investigación y de la praxis freudiana, lo cual genera, en algunos, resentimientos imposibles de resarcir hasta nuestros días. En otros, en cambio, suscitó admiración y reconocimiento por un legado teórico y práctico que ha favorecido a investigadores de diversas áreas del conocimiento, a psicoanalistas y, desde luego, a cada uno de los analizantes, para quienes ha constituido un alivio a su propia miseria humana.

Hay que mencionar que el mismo Freud ya había revelado en su artículo “Las resistencias contra el psicoanálisis” de 1925² una especie de horror a lo nuevo como reacción a sus doctrinas; consideraba, por el contrario, que la ciencia requiere de lo nuevo en cuanto es incompleta e insuficiente, de ahí que este escepticismo lo funda en la rigidez que tiene por “sacrosanto a lo ya consabido y creído”, y desestima lo diferente en lugar de someterlo a indagación, actitud a la que se refiere como “reacción primitiva frente a lo nuevo”. Así es como el psicoanálisis en su inicio fue ignorado durante varios años, sin embargo, luego logra ser objeto de interés general, no sin antes desencadenar una “tormenta de indigna repulsa”, que lleva a Freud a preguntarse de manera particular: ¿qué motiva la resistencia de médicos y filósofos? Pregunta a la que responde diciendo que no se trata simplemente de objeciones intelectuales, sino de fuertes poderes afectivos, pasiones de los seres humanos, es decir, resistencias a la gran significatividad que el psicoanálisis otorga a las pulsiones sexuales en la vida

1. Onfray Michel, *Le Crépuscule d'une idole. L'affabulation freudienne* [El crepúsculo de un ídolo. La fabulación freudiana] (París: Grasset, 2010).

* e-mail: mcotrino@hotmail.com

CÓMO CITAR: Cotrino Nieto, Myriam Esther. “¿Por qué tanto odio? (reseña)”. Desde el Jardín de Freud 19 (2019): 339-341, doi: 10.15446/djf.n19.76733

© Obra plástica: Jim Amaral

2. Sigmund Freud, “Las resistencias contra el psicoanálisis” (1953), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1996), 225.

de los hombres. Las acusaciones al psicoanálisis de “enemigo de la cultura”, “peligro social” o “atentado contra la dignidad del género humano”, que aún se profieren, son manifestaciones que, como ya señalaba Freud, van más allá de la argumentación lógica e incluso llegan a estar asociadas a su ascendencia judía, que él no quiso ocultar. Al parecer no era suficiente con deshonrar el psicoanálisis, también era preciso deshonrar a su gestor. Cien años después, no han cambiado mucho las cosas, muestra de ello es el libro de Onfray; así pues, el psicoanálisis continúa generando resistencia, tanto antes como ahora.

Este libro de Roudinesco está orientado a detener el exceso de pasión que manifiesta Onfray y que lo extravía de un verdadero debate crítico; en tal sentido, muestra que se trata de un libro que carece de fuentes y notas bibliográficas, de un autor que proyecta sobre el objeto odiado, Sigmund Freud, sus propias obsesiones para designarse como quien liberará al pueblo francés de las fabulaciones freudianas, proclamándose como el encargado de atacar las verdades oficiales. Por esta vía, denuncia a los judíos, y a los monoteísmos, a los que opone un mundo ateológico orientado por la pulsión de vida y de la cual él sería su representante: ¡un dios solar y volcánico fuente de vida! Al leer estos supuestos y otros que acompañan esta seguidilla, algo del orden del delirio resuena, a la vez que da razón a Roudinesco cuando califica este escrito como un “libelo delirante”. El mismo Onfray confiesa el fundamento de su fabulación: de niño fue abusado por sacerdotes y maltratado por su madre, luego buscó rehabilitar la figura de los padres, a condición de que no fueran padres; con ello se advierte bien cómo es que termina por dirigirse contra el padre del psicoanálisis.

Después de presentar el retrato de Onfray, la autora demuestra que sus “tesis” no tienen ningún fundamento y que se sostienen en una serie de extravagancias; es así como sigue y examina, uno a uno los pasos erráticos del filósofo, su inexistente formación historiográfica, su falaz conocimiento de la vida y obra del psicoanalista y de la historia del movimiento psicoanalítico. También demuestra que este autor sigue *El libro*

negro del psicoanálisis (2005) para atacar no solo a Freud, sino también a Lacan y al conjunto de las asociaciones de psicoanálisis, pretendiendo una revisión maniquea del tema, al punto de que se atreve a acusar a Freud de ser un perverso y al psicoanálisis de ciencia fascista. Acusaciones opuestas a lo que realmente fue, como lo demuestran su trayectoria y su obra, no solo por su extensión y complejidad, sino por su bondad y generosidad; Freud no fue ni avaro ni egoísta con sus lectores, al contrario, brindó gran cantidad de avances teóricos que él mismo no vaciló en cuestionar y debatir antes de concluir, no sin dejar abiertas las preguntas que consideraba pertinentes. Solo el amor y la generosidad puede producir una obra de tal magnitud; sus avances clínicos y teóricos no compaginan para nada con las fabulaciones del filósofo.

Conviene subrayar que la autora del libro respeta y reconoce las críticas que, de manera notable, se han hecho al psicoanálisis, como las de Theodor Adorno, Herbert Marcuse, las de varias feministas y culturalistas norteamericanas, incluso las de Gilles Deleuze o Michel Foucault, que son muy distintas a las de la escuela revisionista norteamericana y a las del antifreudismo radical de la extrema derecha francesa. Tenía razón Freud cuando, ya en 1925, señalaba como una causa adicional de rechazo al psicoanálisis el hecho de ser él un judío, puesto que Onfray dice que es el “odio de su ser judío” el que supuestamente lo motivó a teorizar sobre la pulsión de muerte, y por esta vía termina por ubicarlo como admirador del nazismo! Es Onfray, nos señala Roudinesco, quien, sin saberlo, se ubica como simpatizante de la extrema derecha, en el campo del “antisemitismo enmascarado”, aunque se proclame defensor del pueblo explotado por el capitalismo.

Hay que mencionar, sin embargo, que algo ha cambiado de la época de Freud a la actual: Michel Onfray cuenta con el favor mediático, un público fácil se ha dejado atrapar por la publicidad, además se puede suponer que para muchos sería más cómodo leer a Onfray que al mismo Freud; se trata de un escritor que debe gran parte de sus ventas a la polémica que desatan sus escritos en el medio intelectual francés. Así sus

libros estén llenos de confusiones y de errores históricos, se ha convertido en uno de los filósofos más populares en Francia: es por ello que la autora cierra el primer capítulo planteando una pregunta:

Al leer esta obra, cuya apuesta supera ampliamente el debate crítico entre partidarios y opositores del psicoanálisis, tenemos el derecho de preguntarnos si las consideraciones comerciales que acompañaron esta publicación no tienen actualmente un peso tal que serían capaces de abolir cualquier juicio crítico y cualquier sentido de la responsabilidad.³

Así las cosas, cómo no pronunciarse sobre lo que escribe y dice este filósofo acerca de Freud y el psicoanálisis, si, además de la buena venta que logran sus libros y de las entrevistas que otorga a los diferentes medios, a sus clases en la Universidad Popular de Caen —de la que es fundador— asisten de manera gratuita cada semana gran cantidad de oyentes que lo ubican en el lugar de un amo del saber; estos son motivos suficientes para que la autora se pronuncie por medios similares confrontándolo y refutándolo.

En este orden de ideas, también encontramos en el libro una entrevista hecha a Roudinesco y publicada en el semanario francés *Le Nouvel Observateur*; los interrogantes giran en torno al rechazo que han generado las teorías de Freud, al reproche que se dirige al psicoanálisis por no ser una ciencia, a la especificidad de la crítica de Freud en Francia, a la eficacia del análisis respecto a las terapias cognitivas conductuales y, por último, la pregunta se dirige al tema del movimiento psicoanalítico, dividido en múltiples capillas enfrentadas, a lo cual ella responde que hoy lamentablemente la mayoría de los analistas parecen dejar de lado el compromiso ciudadano. Están despolitizados e ignoran su historia, por lo que no pueden responder a la lucha ideológica de los antifreudianos radicales. De manera tal que, gracias al estudio

riguroso de los desarrollos y avatares de la praxis psicoanalítica, a la toma de una posición política, y a su amor por Freud, del cual da testimonio en su amplia obra escrita, Roudinesco está autorizada para oponerse públicamente al odio de Onfray por el psicoanálisis y por los psicoanalistas. Es así como más adelante dedica unas páginas a desvirtuar la supuesta relación entre Freud y su cuñada Minna Bernays, en la que los enemigos se apoyan para invalidar, a partir de supuestos refutables, todo el descubrimiento psicoanalítico. La autora hace un análisis detallado de cada testimonio que pretende revelar a un Freud perverso, hasta demostrar que la historiografía norteamericana cae en el delirio interpretativo cuando los antifreudianos radicales leen las teorías freudianas de manera salvaje. Por último, en el libro se encuentran otras voces: un historiador, dos filósofos, un psicoanalista y un psiquiatra, que se pronuncian sobre este y otros libros de Onfray; además de unirse y apoyar la posición de Roudinesco, advierten al público sobre la clase de autor de que se trata: historiador mediocre, incendiario desacreditado, populista, vil, pero también señalan que a pesar de esto ha recibido la bendición de una crítica influyente; sin embargo, la amonestación es rotunda: “es un verdadero peligro desde el punto de vista de la transmisión de los valores del saber”⁴.

Para concluir, retomo unas palabras de Jacques Lacan en su escrito “La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud”; en estas líneas se puede leer una respuesta a la pregunta ya formulada por Freud acerca de lo que motiva las resistencias al psicoanálisis y que, con Roudinesco, decantaría en la pregunta ¿por qué tanto odio?: “Fue ese abismo abierto al pensamiento de que un pensamiento se dé a entender en el abismo, el que provocó desde el principio la resistencia al análisis. Y no como se dice la promoción de la sexualidad en el hombre”⁵.

4. *Ibíd.*, 102.

5. Jaques Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud” (1957), en *Escritos 1* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2001), 488.

3. Roudinesco Elizabeth, *¿Por qué tanto odio?* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2011), 57.